

La construcción de la ciudad liberal: Madrid, 1859 y las propuestas de nuevos barrios

Carlos SAMBRICIO

Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid

RESUMEN

El análisis de las cuatro propuestas presentadas de Giraud Daguillon a Isabel II hace comprender las contradicciones de la construcción de la ciudad en el Madrid del siglo XIX. Sus coincidencias y divergencias con el urbanismo ilustrado y con el ensanche de Castro son estudiadas en profundidad.

Palabras clave: urbanismo; Madrid; siglo XIX; Giraud Daguillon; Isabel II.

Constructing the liberal city: Madrid, 1859 and the proposals for new neighborhoods

ABSTRACT

The analysis of the four proposals presented to Isabel II by Giraud Daguillon allow for comprehension of the contradictions inherent in the construction of the city in 19th-century Madrid. The coincidences and divergences from Enlightenment urbanism and with Castro's expansion are here studied in depth.

Key words: urbanism; Madrid; 19th century; Giraud Daguillon; Isabel II.

Hace algunos años Clementina Diez de Baldeón, en su excepcional trabajo sobre la vivienda en el Madrid del siglo XIX, comentaba la propuesta que el belga Giraud Daguillon, “empresario de trabajos públicos”, presentó a Isabel II proponiendo distintas intervenciones urbanas en Madrid. Y, comentando el folleto editado en 1862 en Barcelona, mencionaba tanto las cuatro propuestas de intervención que presentaba para la ciudad como el sistema propuesto para financiar su plan.

La singularidad de la propuesta se diluye en su densísimo y documentadísimo estudio de Diez de Baldeón, no mereciendo (sin duda, por falta de espacio) sino brevísima mención cada una de las intervenciones propuestas: menciona el proyecto de “barrio Isabel II”, cita el trazado del denominado “boulevard de la Reina”, da las características de la “colonia del Rey” y, por último, comenta la “Villa para clase obrera y laboriosa” que Giraud situara en Madrid. La lectura del manuscrito que éste presenta a la Reina -conocido al haber dado noticia del mismo en artículos publicados en “La Revista de las Razas Latinas” de diciembre de 1859 y enero de 1860- permiten reflexionar sobre varias cuestiones: en primer lugar, entender arquitectónica y urbanísticamente la singularidad de unas propuestas, máxime cuan-

do en esos mismos momentos Cerdá proyecta el Ensanche de Barcelona y cuando sabemos que Castro elabora su anteproyecto para el Ensanche de Madrid. Dicho de otra forma, entender cuanto la propuesta de Giraud fue un quiebro frente al Saber urbanístico existente en aquellos momentos. En segundo lugar, comprender la razón por la que un empresario belga proponía a la Reina (poco antes lo había hecho al Ayuntamiento de Madrid, sin éxito) cuatro proyectos de naturaleza tan distinta como una operación de “*sventramento*” (abrir desde la Puerta del Sol una gran calle hasta la trasera del Teatro de la Ópera), un conjunto de paseos fuera de la cerca y, en los Carabancheles, dos núcleos de población (uno destinado a residencia de comerciantes, jubilados, militares; el otro destinado a clase obrera). En tercer lugar, la propuesta de Giraud permite retomar un hecho, a menudo olvidado por los estudiosos: que el Real Decreto de 7 de abril de 1857, mediante el cual la reina ordenaba a sus ministros el estudio de un proyecto para “...*hacer más grande Madrid*”, tuvo no sólo la conocida respuesta de Castro sino también la de otros que buscaron participar en la construcción en la ciudad liberal. Incluso, convendría valorar esta propuesta teniendo presente los distintos proyectos de ensanche que, desde 1830, se estaban proponiendo para Madrid.

En varios momentos de su escrito Giraud mencionaba haber colaborado con Haussmann en la construcción del parisino Boulevard de Sebastopol (destacando cómo “...*su trabajo es pues el resultado de la experiencia, tiempo, circunstancias y examen de las localidades que tiene exacto y perfecto conocimiento*”) y citaba, como aval a su propuesta, la Memoria que el Prefecto de París dirigiera al Concejo Municipal de aquella ciudad señalando como “...*buscando abrir, en el espacio de diez años, veinte nuevas vías que se justifican desde la necesidad de una comunicación fácil entre las diversas partes de la villa que permitan a los carruajes un rápido curso, puesto que ...a la multitud le son necesarias anchas vías que establezcan una comunicación fácil entre las diversas partes de la villa, que permitan a los carruajes un rápido curso, a los que van a pie un camino sin peligro ni obstáculos, que abrevien así las distancias y economícen el tiempo, elemento precioso para los asuntos y quehaceres*”. La referencia a los grandes proyectos llevados a término por Napoleón III debían abrir puertas, entendía, a repetir en Madrid la experiencia parisina, argumentando a continuación cómo el incremento de población, el aumento de su industria y actividad mercantil, así como el desarrollo ferroviario en la capital española obligaban a actuar, al “...*encontrarse la población demasiado estrecha dentro de los muros*”: consciente de cuanto las numerosas obras públicas que en esos años se llevaban a término en la capital (el edificio de Las Cortes, Casa de la Moneda, Canal del Lozoya o la reforma de la Puerta del Sol...) suponían demoler un significativo número de viviendas humildes, agravando la falta de alojamiento existente, en su propuesta enfatizaba la necesidad de construir nuevas habitaciones y ofrecer a los madrileños casas vastas y cómodas.

Pensar que en torno a 1860 era preciso explicar a los técnicos españoles los trabajos llevados a cabo en Francia implicaba ignorar el Saber urbanístico de la generación de ingenieros de caminos que tan trascendental papel jugó, en aquellos

años, en la modernización de España. En una Escuela de Caminos donde el ingeniero Gabriel Rodríguez impartía la mas que afamada cátedra de “Economía política”, en una España donde las noticias sobre las transformaciones de Haussmann u otros grandes proyectos de arquitectura, urbanismo e ingeniería aparecen no solo en la recién fundada Revista de Obras Publicas sino en un mas que singular elenco de publicaciones, cuando las noticias sobre el cambio de Londres y Paris (con motivo de las exposiciones internacionales) se dan a conocer por una pléyade de escritores (desde Mesonero Romanos a un Echegaray considerado por Sánchez Ron como el mejor matemático español del XIX) y cuando son muchos los ingenieros españoles (Leopoldo Brockmann, Eusebio Page, Fernando de Córdoba y Pedro Miranda, entre otros) que, contratados por el Marqués de Salamanca, trabajaban tanto para Napoleón III en la construcción de los ferrocarriles franceses como en los grandes proyectos vaticanos, informar de cuanto sucede en Francia no es novedad. No olvidemos que en desde la subida al poder de los liberales, en 1834, la actividad de los ingenieros de caminos (responsables, al fin de cuentas, de los estudios de urbanismo) había sido más que singular: porque si en 1834 el acceso de los liberales al poder posibilitó la desamortización de 1836, la vuelta al poder de los moderados, en 1844, dio confianza a los inversores, reflejándose el auge económico tanto en el desarrollo de los primeros proyectos de ferrocarril como en un incremento en la construcción de obras públicas o fincas urbanas.

Frente al sucinto **Estado actual de la Capital** escrito por Mesonero Romanos en 1834 (o al mas importante **Proyecto de mejoras generales** que él mismo presentara en 1846 al Ayuntamiento Constitucional), la idea de *progreso* se identificó en esos años con el incremento en las actuaciones públicas y esta idea se reflejó en el deseo por modificar la ciudad. Y, como en 1855 apuntara Sagasta en el Congreso, “...ahora no construimos iglesias, pero sí construimos casas de beneficencia para vestir al desnudo; no edificamos catedrales, pero sí levantamos hospitales para curar al enfermo; no edificamos conventos pero sí establecemos edificios dedicados a la instrucción pública para enseñar al que no sabe; y si antes, para perpetuar un hecho glorioso, se agotaban las arcas del tesoro levantando en despoblado y entre escarpadas rocas magníficos y suntuosos monasterios, ahora procuramos agotar el erario público abriendo canales para fomentar la agricultura; construimos caminos de hierro para desarrollar la industria; establecemos telégrafos eléctricos para conducir por medio de un alambre las palabras y las ideas”. El por qué de estas actuaciones era claro: la mentalidad del ingeniero convulsionaba España y la vocación por transformar la sociedad iba acompañada de la reforma legislativa introducida por las Cortes Constituyentes nacidas de la Revolución de 1854 y que habían abierto horizontes al desarrollo económico. En 1855 se promovía la Ley de Ferrocarriles y un año más tarde se promulgaban las leyes bancarias, clave para el desarrollo económico del momento. En este marco no es de extrañar que el Capital entendiese que construir ciudad “...supone un buen negocio” y las expectativas que levanta en Madrid los procesos especulativos a corto y medio plazo que generan un tipo de grandes obras nada tienen que ver con las pe-

queñas reformas que -sin plazos- se buscan llevar a cabo en la calle Mayor. Y es desde esta razón por la que los cuatro proyectos propuestos por Giraud merecen ser descritos, siquiera mínimamente.

La primera propuesta consistía en la construcción de un nuevo barrio, ubicado entre la Puerta de Alcalá, Recoletos y Santa Bárbara, para lo cual proponía abrir un boulevard y dos grandes avenidas. Frente a quienes, en esos mismos años, planteaban el ensanche de una ciudad definiendo, en primer lugar, una nueva trama urbana, teorizaban luego sobre el transporte y las necesidades del viario, estudiaban dónde situar los equipamientos y fijaban por último las características de las nuevas viviendas, Giraud limitaba su propuesta al trazado de cuatro paseos, señalando como uno de estos (la denominada Alameda del Príncipe) arrancaría de la Puerta de Santa Bárbara, con un ancho de 40 metros y una longitud 1.800 metros; una segunda -de igual ancho y con una longitud de 1.500 metros- arrancaría de Cibeles y debería llegar, según describe, hasta lo que hoy sería el encuentro de Conde Peñalver y Ortega y Gasset. En la confluencia de ambas trazaba la llamada Plaza de la Princesa (de cien metros de diámetro), disponiendo en su *square* distintas estatuas; por último, trazaba el llamado Boulevard del Rey, también con una longitud de 1.500 metros, que desde la Montaña de los Gatos, en El Retiro, llegaría hasta lo que hoy es la confluencia de Ortega y Gasset y Núñez de Balboa.

Giraud definía, allí donde al poco Castro proyectaría su Ensanche, un Madrid “punto de cita de la sociedad elegante”, donde “...los numerosos carruajes, en lugar de hallarse apretados, como en las calles del Prado, circularán cómodamente y sin peligro para la población de Madrid, sobre todo en los días de corridas de toros”. Sin definir cual debía ser la trama del nuevo barrio, sin comentar cuales sus equipamientos o como dividir el parcelario, su única preocupación era definir un nuevo centro urbano, para lo cual precisaba la necesidad de demoler la plaza de toros y construir una nueva, más allá del punto de encuentro de las dos alamedas, apuntando tan sólo, refiriéndose al parcelario, cómo “...las porciones de terreno serán de diferentes tamaños y gozarán de diversas ventajas ya sea por tener su hotel en las grandes alamedas y en el boulevard, para la construcción de hermosos hoteles y grandes casas de recreo, ya sea en las calles transversales para el comercio y casas de pequeño alquiler”. Ubicaba (que no describía) el nuevo centro de población, enfatizando cómo su distancia al centro era sólo de diez minutos y, argumentando criterios higienistas, enfatizaba que “...allí los habitantes gozarán de un aire saludable y las previsiones se harán con mucha facilidad; así pues todo concurre para formar habitaciones muy hermosas a la par que cómodas”. El punto, sin embargo, que mejor refleja el sentido de la propuesta es cuando destacaba, a continuación, cómo “...en toda la Tierra, los hombres de fortuna y buen gusto tienen obligación de poseer una buena casa para ellos solos. Numerosos son en España los hombres de fortuna y buen gusto; así es que todos ellos se apresurarán a mandar construir en las nuevas alamedas que, reuniéndose con el Prado, por el Paseo de la Fuente Castellana, llegarán a ser los más hermosos paseos de Madrid”. Entiendo que, conocedor de los proyectos concebidos desde 1837 en Chamberí, buscando la

construcción de un nuevo barrio mediante el trazado de un complejo sistema de paseos arbolados y alamedas, su única preocupación -antes que Castro formulara su Anteproyecto- era actuar fuera de la Cerca, en un área que identificaba con la idea de un barrio destinado a la clase alta madrileña.

Su segundo proyecto propuesto para Madrid era de naturaleza bien distinta: partiendo del centro de entrada del Palacio Real proponía abrir un grande y ancho boulevard que “...prolongándose en línea recta sobre un plan uniforme, hasta la Puerta del Sol, frente por frente y en el centro de la calle de Alcalá que desemboca en El Prado, en el Paseo de la Fuente Castellana... y de seguida irá a desembocar en las bellas alamedas proyectadas de la Reina y del Príncipe, en la Plaza de la Princesa, en los squares de Carlos III y de Cristóbal Colón, así como también en la nueva Arena”. Si antes la idea era garantizar un posible futuro aprovechamiento del suelo inmediato a las alamedas y squares proyectados, ahora, por el contrario, lo que proponía era sustituir la calle Mayor por una nueva vía que, no sólo debía atravesar de oeste a este la ciudad, sino que, incluso, debía enlazar con las nuevas alamedas antes citadas, poniendo en relación el entorno del Palacio con la plaza de toros que él proponía situar en pleno Ensanche.

Tal operación implicaba, es fácil entenderlo, una política de derribos: no sólo Cerdá, en su propuesta de reforma interior de Madrid, había sugerido (buscando con ello unir las distintas puertas de la ciudad) llevar a cabo una operación similar, sino que en 1846 Mesonero Romanos había también planteado la conveniencia de derribar determinadas manzanas en el interior del Casco, buscando así desahogar la histórica trama urbana. Sin precisar cuáles debían ser los derribos concretos (señalando sólo como “...esta gran vía, desde que se halle concluida, hará desaparecer las calles tortuosas, de difícil entrada, y llegará a convertirse en una de sus más hermosas y útiles ornatos”), Giraud señalaba sólo como “...a ambos lados del boulevard se elevarían, formando fachada, unas construcciones con galerías compuestas de arcadas exteriores, dándolas un piso nivel de calzada, un entresuelo de debajo de las galerías, dos pisos altos y otro más bajo cubierta”, añadiendo “...este boulevard tendrá 30 metros de ancho, esto es una calzada de 22 metros, con aceras laterales de cuatro metros cada una, guarnecidas con árboles en toda su largura y adornadas con candelabros, fuentes arrinconadas y otros pequeños edificios de utilidad pública, tales como elegantes kioscos para la venta de periódicos y anuncios, y para la salubridad unos orinales recubiertos de zinc y rodeados de árboles siempre verdes”. Destacaba, por último, la conveniencia de que todas las calles que desembocaran en el boulevard tuvieran 15 metros de ancho.

Giraud desplegaba, en su propuesta, todo tipo de argumentos: “...las ventajas que resultan de la abertura de este boulevard pueden resumirse así: embellecimiento de la capital; despejo de los alrededores del Palacio; circulación fácil para los carruajes, calles y personas que van a pie; seguridad de este personal; estímulos para las artes mecánicas y liberales; disposiciones favorables a la estrategia; salubridad y aberturas espaciosas; impuestos en favor de la Villa y el Estado; de los derechos de mutación, empadronamiento, puerta... y conviene también hacer notar

que de este modo se asegura trabajo durante muchos años a un gran número de obreros y a una multitud de industrias y que como establecimiento local, la abertura de este boulevard convierte 500 metros de calles estrechas y tortuosas en una línea recta que formará la más hermosa vía de comunicación de la capital. Años después que Cerdá justificara la reforma de la Puerta del Sol en función del tráfico, Giraud reclamaba la necesidad de embellecer la ciudad, equiparándola a las transformaciones de París, al mismo tiempo que proponía transformar aquella nueva “gran vía” en centro comercial de la capital. Y si años antes Mesonero había potenciado las “galerías” o calles comerciales cubiertas en el interior de las manzanas, convirtiendo el entorno de Montera y Carretas en lugar de la moda, Giraud proponía ahora, por el contrario, que en las inmensas galerías cubiertas a cada lado de ese boulevard se dispusiera al comercio un amplio bazar que, al estar protegido por las galerías, podría servir de abrigo contra el sol, el mal tiempo y los carruajes. Paralelamente, argumentaba cómo las grandes cuestiones que resolvía su proyecto eran tanto el embellecimiento y sanificación de la ciudad histórica (construyéndose casas salubres en calles anchas o galerías espaciosas) como fomentar el trabajo, impulsar la industria y el comercio.

¿Por qué Giraud proponía la construcción de esta Gran Vía? La respuesta es evidente: buscando repetir en España los grandes negocios que las transformaciones de Haussmann habían propiciado, fomentando la creación -en brevísimo plazo- de cuantiosas fortunas, la pretensión de Giraud era que la Villa de Madrid, ayudada por el Estado, asumiera la intervención apuntando como “...cuando se trata de una obra capital y de trabajos de utilidad pública, es preciso saber emplear medios enérgicos y no retroceder ante los gastos para llegar a un resultado cierto”. Reclamando una “ley de desposeimiento” como solución para allanar los obstáculos que las aberturas causarían en la demolición de gran número de casas viejas, apuntaba cómo bulevares, alamedas, calles, plazas, pasajes o galerías habían sido reconocidos por todos “de utilidad pública” por lo que “...el autor del proyecto pide se le de una autorización para adquirir, independientemente del terreno necesario para tales aberturas, un espacio que varíe de calado y sirva para las construcciones que allí se hayan de elevar, esto es, 15, 20, 25 o 30 metros de cada lado del centro de la nueva vía... Tan pronto como se haya obtenido este derecho de desposeimiento que fijará a 60 metros el ancho de las vías enajenadas, o sea 30 metros de cada lado del centro de este boulevard, a fin de poder construir casas uniformes (las parcelas se venderán con sujeción a las construcciones que se han de edificar en los terrenos con fachadas obligatorias, una compañía se constituirá en nombre y lugar de la Villa para pagar las indemnizaciones a los desposeídos, así también como para hacer frente a los gastos que ocasionaran las construcciones y se les sustituirán los derechos del Estado y de la Villa con respecto a la ejecución y efectos de desposeimiento”.

Giraud proponía que la Villa desembolsara por el importe total de los doce mil metros expropiados un total de 24 millones de reales, que debería pagar anualmente, ya fuera en cuatro, cinco o seis años. “...Esta suma de 24 millones de reales es

la evaluación del gasto total que incumbe a la Villa y está basada en cálculos concienzudos y hechos sobre los mismos planos... Al cabo de cierto tiempo, que no puede distar mucho y en razón de las numerosas ventajas que resultarán, la Villa recuperará sus desembolsos sin contar que esta suma de 24 millones de reales acarreará más de 60 millones en trabajos de todas las especies". Consciente de los beneficios que las reformas proyectadas aportarían a los propietarios del suelo que, en consecuencia, verían incrementadas sus plusvalías, apuntaba cómo "...sería bueno que en caso de haber desposeimiento para el ancho de la vía, los propietarios ribereños de las partes que se han de abrir para los boulevares, calles o galerías, deberán concurrir pagando una parte del aumento del precio que toca a la propiedad de cada uno de ellos (mitad del aumento del precio adquirido por el proyecto de apertura). Este punto esencial es de entera justicia tanto para las autoridades como para los particulares. Si se edifica este boulevard, por una compañía de la Villa, deberá tomar a su cargo la creación de las cloacas, canalización del gas y el surtidor de las aguas. Y si la Villa realizare el proyecto, podrá crear, para pagar los terrenos y edificios de que hiciera adquisición, obligaciones con primas suscritas por ella. Estas obligaciones cederán fácilmente en pago de los desposeimientos por mínimo que sea el rédito".

Si años antes Manby había presentado un proyecto para edificar a su coste las manzanas de la calle de Alcalá inmediatas a la Puerta del Sol, acompañando los dibujos de un ingenuo plan de actuación económico, Giraud, por el contrario, buscaba desde un principio definir perfectamente la posible actuación detallando tanto los términos de la expropiación y el mecanismo de gestión del proyecto, como los posibles beneficios fiscales que, comentaba, debían concederse a los propietarios que, amparándose en el proyecto, edificaran en la nueva Gran Vía. Proponía, en consecuencia, la existencia de un consejo de vigilancia compuesto por arquitectos y empresarios apuntando cómo debían ser estos últimos quienes se hicieran cargo de la gestión y desarrollo de la propuesta. Por ello, tomando como referencia las ventajas fiscales concedidas por Napoleón con motivo de la apertura de la rue Rivoli y, años más tarde, del decreto de 3 de mayo de 1854 por el cual Napoleón III eximía durante treinta años del pago de imposiciones a quienes edificaran en los alrededores del Louvre y Tullerías, comentaba cómo "...incentivo para los propietarios y también para aliviar sus cargas, convendría que el derecho de desposeimiento dijese que los que hayan comenzado a edificar durante los dos primeros años de dicho derecho, y según los planos dados, estarán exentos de toda clase de imposición durante los veinte consecutivos desde que se haya impuesto la primera piedra".

El tercer proyecto que presenta Giraud es de naturaleza claramente distinta: buscando actuar en la otra margen del río, donde "...desde la Plaza de Armas del Palacio así como desde le monte del Príncipe Pío, la vista se extiende sobre una colina árida y desnuda que sólo ofrece a quien la contemple entristecido un aspecto melancólico y desolado" proponiendo, a lo largo de una gran alameda plantada con dos hileras de árboles abierta a través de la colina, la construcción de "...una línea de pequeñas casas de recreo, quintas, cottages, kioscos y chalets que partirá

de la aldea de Carabancheles, situada fuera de las puertas de San Vicente y de Segovia, desarrollándose en una extensión de cuatro mil metros. Todas las construcciones en número de ciento ochenta o doscientas estarán alineadas de modo que presenten un punto de vista grandioso tomado desde el Palacio”. “...la alameda separará los cottages y las quintas de las habitaciones que se construirá hacia atrás, teniendo cuidado de que las nuevas construcciones situadas más allá de esta alameda no echen a perder el más mínimo la armonía del plano y la perspectiva tomada desde el Palacio.”

Si en esos momentos la gran burguesía buscaba construir sus hoteles con jardín en las inmediaciones de la Fuente Castellana, la propuesta de Giraud consistía en llevar esta misma experiencia hacia el frente oeste de la ciudad, definiendo una aldea cuya aspiración debería ser albergar a los pequeños rentistas y cesantes civiles y militares. Miguel Lasso de la Vega ha estudiado la situación de las quintas de recreo que, desde mediados del siglo XVIII y hasta finales del XIX se construyeron en los Carabancheles, apuntando cómo la zona buscó ser, durante mucho tiempo, no sólo el área de esparcimiento de la burguesía madrileña sino también el lugar idílico donde retirarse. En un momento en el que aparecen los primeros ferrocarriles y los primeros “embarcaderos” o estaciones que trastocan por completo el espacio urbano de su entorno, potenciando la creación de nuevas fábricas y originando la construcción de nuevos barrios obreros, surge la reacción de una burguesía que reclama poder pasear en la naturaleza y que busca, en consecuencia, evadirse hacia un sur de Madrid, hacia unos Carabancheles que se entiende como “campos elíseos”, lugar donde se posibilitan ocio y distracciones.

Definiendo la citada aldea desde un “modelo simple de vivienda”, buscaba sobre todo la imagen que de este núcleo de población pudiera percibirse desde Palacio, comentando cómo “...todas las propiedades estarán cerradas por rejas de hierro, uniformes, pero sólo por la parte que faldea el camino del Manzanares. Estarán divididas entre sí por pilastras coronadas alternativamente con faroles de gas y macetas elegantes... Delante de cada habitación, del lado del Manzanares, habrá un jardín de unos 20 a 30 metros de profundidad... cada quinta se elevará con muchos escalones sobre el suelo del jardín, por medio de una escalera exterior con gradas... Y tendrá un piso, o cuanto más dos. Ha de ser construida del ladrillos, o más bien de cimiento llamado simili-piedra con ornamentación de simili-mármol. Bajo el punto de vista del arte, todas serán de una coquetería artística y todas tendrán un aspecto de verdaderas construcciones piedra”.

Si antes su preocupación era definir y precisar las condiciones económicas de la propuesta, ahora, por el contrario, (consciente sin duda de que se trata de un proyecto inviable y que sólo se presenta como reflejo de una política de imagen) no se ofrece ni un solo dato específico y todo son imprecisiones y vaguedades. “...La posición de esta colonia presenta muchas ventajas: primeramente la de estar en el campo a un kilómetro de la Villa y luego la de poderse alojar barato y respirar aire puro... De aquel lugar, la vista abrazará a un mismo tiempo el majestuoso conjunto de la residencia real, el magnífico panorama de la Villa, las montañas

del Guadarrama y el Manzanares... Este nuevo centro de población entre las puertas de San Vicente y de Segovia será apreciado por la población madrileña... A poca distancia en Madrid se encontrarán los árboles y arbustos que se necesitan para adornar las alamedas y jardines... Este trabajo podrá ejecutarse en poco tiempo, gracias a los nuevos procedimientos que se emplean para transportar grandes árboles". **22)** Si antes reclamaba la expropiación, ahora, por el contrario, pedía que la Reina cediera a Madrid las quince hectáreas que consideraba necesarias para construir en ellas las doscientas villas con jardines, apuntando cómo, de llevarse a cabo la operación, el terreno circundante adquiriría pronto gran valor. Y si el proyecto de construcción del boulevard que debía atravesar Madrid venía acompañado de una más que pormenorizada memoria económica ahora, por el contrario, no se daban cifras ni se insinuaba la posibilidad que fuese el capital privado quien acometiese la operación.

El cuarto proyecto de Giraud consistía en la propuesta de una villa-modelo para las clases laboriosas. El nuevo barrio, que proponía edificar en una superficie aproximada de 18 hectáreas, "...componían el todo 55 edificios, alineados en torno a cuatro calles interiores, presentando dos fachadas principales: una, de 110 metros, que daría a la proyectada Avenida del Príncipe de las Asturias, y la otra, de 160, al Paseo de Ronda". De los 55 edificios, 44 se destinaban a vivienda, agrupados en ocho grupos de cuatro edificaciones y seis de dos: los primeros, comentaba en la Memoria, contarían con dos viviendas por planta (más otras dos a nivel de calle), mientras que los segundos tendrían tres alojamientos en cada planta, lo que suponía un total de 300 viviendas. Cada una estaría compuesta de un comedor, una alcoba, una cocina y uno o dos pequeños gabinetes para los niños.

Al fechar el proyecto en el año en que se edita el folleto (en consecuencia, la propuesta sería dos años posterior al anteproyecto de Castro) Diez de Baldeón comete un pequeño error cronológico que tiene una consecuencia urbanística: porque de ser así el proyecto de Giraud habría ignorado conscientemente que dicha zona había sido ya cualificada por Castro como espacio reservado para la vivienda burguesa. En mi opinión, el proyecto de barrio obrero se propuso antes de diciembre 1859 (fecha en que aparece en "La Revista de las Razas Latinas") o, lo que es lo mismo, previo a la zonificación aprobada en el anteproyecto que propiciara Salamanca, antes que Castro propusiera como espacio para residencia de las clases obreras el situado al norte de la Puerta de San Bernardino. Pero hay más: la voluntad por crear un barrio con equipamientos refleja cuánto la propuesta de Giraud, en lugar de repetir los modelos esbozados por Castro, sigue por el contrario la del modelo de vivienda presente en la experiencia francesa y consistente en la definición de las "villas modelo" para las clases laboriosas.

Desde 1802 los "consejos de médicos franceses" (lo que en la España del XVIII fueran las "comisiones de salubridad" encargadas de fijar las denominadas "ordenanzas municipales de aire, agua y fuego") habían establecido cuanto la salud física debía estar íntimamente ligada a la salud moral. Daniel Friedmann, en su **La Politique de l'espace parisien à la fin de l'Ancien Régime** comenta cómo Vi-

llermé, miembro de la Academia de Medicina y de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, estudió (y publicó, en 1830, en los “Annales d’Hygiène publique”) la necesidad de inscribir en el hábitat las normas de orden sexual, social y político, así como asegurar el ejercicio -en el espacio íntimo- de una higiene privada: de donde se deducía la necesidad de una arquitectura adecuada. Y desde esta idea se concibió la ciudad obrera inmediata a Ixelles, próxima a Bruselas, del mismo modo que estas ideas se reflejaron en la ciudad obrera de Mulhouse, construida en 1835-36 por el industrial André Koechlin con planos de Emile Muller.

“...La propiedad y la vida familiar son los dos instrumentos de moralidad más activos que haya en el mundo”, comentaba en 1819 Emile Muller en su obra **Maisons ouvrières**: y si ello sucede en las ciudades industriales, las viejas capitales viven, igualmente, un cambio más que singular debido a los negocios inmobiliarios que permiten el rápido enriquecimiento de la burguesía napoleónica. En pocos años las clases populares son expulsadas del centro de la población, construyéndose para ellas nuevos espacios; paralelamente, una nueva burguesía (de la que, en el caso madrileño, Mesonero es su portaestandarte) se instala en un centro urbano renovado y, lo que es más importante, militarmente controlado. Es el momento en que Napoleón III, recordando los sucesos revolucionarios de 1848, busca desactivar el descontento popular con medidas más paternalistas que sociales: bajo sus directrices, empresarios ingleses construyen bloques obreros gerenciados por una cooperativa, requiriendo -para quienes ocupan las llamadas “barracas del Emperador”- unos “certificados de buena conducta” que concede el Ayuntamiento de París. Y es desde esta idea como Giraud difunde un modelo de vivienda que primero Mesonero Romanos tras su experiencia parisina y londinense de 1832, luego Costa -comentando la Exposición Internacional de 1851- y, al poco, Echegaray o Brockmann dieran a conocer en España.

Cada alojamiento, comentará Giraud al describir su villa-modelo para las clases laboriosas, “...tendría una vista hacia hermosas alamedas de ocho metros de ancho; al tiempo, los patios interiores de las edificaciones tendrían una superficie de 42 a 54 metros cuadrados. Fabricadas en ladrillo y siguiendo los planos, presupuestos y criterios adoptados aprobados por el Ministro de Fomento y el Consejo de Construcciones Civiles, en el interior mismo de la barriada disponía escuelas para niños, talleres para mozas; jardines de infancia (que, en la traducción al castellano del manuscrito presentado en francés a la Reina, seguía denominando “crèches”); alojamientos para hermanas de la caridad; baños, lavaderos, secaderos... Retomando el ejemplo parisino de la avenida Daumesnil, comentaba cómo cinco de estas casas, dos de las cuales tendrían su fachada en la Alameda del Príncipe de las Asturias y las otras tres en el Paseo de Ronda, contarían con pequeños apartamentos y tiendas. Las tres casas principales, con pabellones y fachadas mirando a la Alameda del Príncipe, estarían destinadas una para la administración de la Villa, alojamiento del director y empleados; otra para la sociedad alimenticia (conteniendo, en consecuencia, cocina, refectorio, almacenes de abastecimiento, donde se venderían a precios reducidos víveres y alimentos preparados) y una ter-

cera para biblioteca, alojamiento de un médico, depósito de medicamentos, gabinetes de consulta...

Proponía, además, edificar una capilla en el centro de la barriada donde -de acuerdo con la moral impuesta- se diría misa todos los domingos y días de fiesta posibilitando que “...las señoras nobles y ricas de Madrid que asistieran a él, tomaran enseguida la bolsa de limosnas y pidieran a beneficio de la obra de la crèche, asilos y escuelas gratuitas así como obrador de muchachas de la villa modelo, no cabiendo duda de que numerosas ofrendas caerán a porfía. Sabido es que los beneficios de la crèche y del asilo son al mismo tiempo físicos y morales. Así es que cada uno en particular deseará favorecer por la unión de la caridad privada, el desarrollo de una institución que es el más ingenioso e inteligente auxiliar de la maternidad”.

“...Infalible sería entonces el feliz éxito de esta obra filantrópica y el exponente podía contar con la eficacia y activa cooperación de hombres desinteresados y tan eminentes por su rango como por su posición social. Después, la filantropía es un deber que toca particularmente a los que tienen riqueza, rango y distinción. Por otra parte, todos los hombres de bien querrán seguir el impulso dado por S.M. la Reina Isabel. El bien y el mal son contagiosos, pero el contagio del bien ejerce siempre en nosotros su divino influjo; así es que pidiendo a los hombres altamente colocados que vengan a ayudarnos en esta obra de humanidad con su poderoso patrocinio, les proponemos un noble cambio digno de ellos, proporcionándoles la ocasión de hacer un buen acto y de derramar beneficios en sus semejantes, miembros como ellos de la gran familia humana, aunque colocados en diferentes grados de la escala social”.

En torno a 1850, recordémoslo, se producen los primeros grandes quiebras en la vivienda burguesa, si bien su difusión tardará años en generalizarse: porque si en 1854 Otis inventaba el ascensor; el cuarto de baño hacía su aparición y en 1853 Haussmann iniciaba la transformación de París, ocurría sin embargo que la burguesía mantenía una clara segregación del espacio doméstico, obligando a sus criados a vivir en miserables buhardillas (*chambres de bonnes*) y trabajar en unas cocinas alejadas de las zonas nobles de las viviendas a través de un largo pasillo corredor. Desde esta voluntad de cambio, Giraud introduce en las viviendas obreras una alternativa de vida que se refleja en un complejo programa de necesidades: porque no sólo los 300 alojamientos obreros debían constar de comedor, alcoba, cocina y uno o dos gabinetes para niños (siendo estas, además, viviendas a precios reducidos) sino que imponía, en el interior de la barriada, construir un economato; facilitar agua por medio de fuentes; dotar al conjunto de baños a precios reducidos; organizar crèches, salas de asilo y escuelas gratuitas; edificar lavaderos, colegios y secaderos a precios reducidos; disponer talleres para las mozas; instaurar tanto una biblioteca industrial y moral como una capilla; asegurar la presencia de un médico “a la mano”, con lo que aseguraba consultas médicas gratuitas, así como medicamentos a precios reducidos...

Si en las inmediaciones de la puerta de Santa Bárbara Giraud había propuesto lujosos hoteles y en el barrio de rentistas y cesantes -situado frente al Palacio- pe-

queños cottages, en el barrio obrero sugería la construcción de edificios en altura. Sin embargo la propuesta de mayor interés no es la que presenta buscando trazar las nuevas alamedas ni tampoco el barrio situado más allá del Manzanares y sí, por el contrario, el barrio obrero; su interés radica en que junto a la vivienda introduce una primera componente de modernidad como es definir, junto al espacio residencial determinados servicios: de alguna forma cabría detectar una posible influencia del familisterio. Y es, a la vista de lo señalado, cuando conviene retomar los tres puntos comentados en un principio: en primer lugar, valorar qué aportaron arquitectónica y urbanísticamente las propuestas presentadas, máxime cuando en esos momentos Cerdá proyecta el ensanche de Barcelona y Castro elabora su anteproyecto para el ensanche de Madrid; en segundo lugar, comprender por qué un empresario belga que había participado con Haussmann en la transformación de París proponía actuar en Madrid; por último, contextualizar la propuesta de Giraud y recordar que el Real Decreto de 7 de abril de 1857, mediante el cual Isabel II ordenaba a sus ministros el estudio de un proyecto para "...hacer más grande Madrid", no sólo tuvo respuesta en Castro, sino que también muchos otros buscaron participar en la construcción en la ciudad liberal.

Demasiado a menudo la historia del urbanismo en España se ha escrito desde hipótesis jamás demostradas: uno de estos "a priori" ha consistido en aceptar que entre el momento napoleónico y la construcción de los ensanches nunca hubo un Saber urbanístico propio; paralelamente, quienes han contrastado el ensanche de Cerdá para Barcelona con la propuesta de Castro para Madrid han aceptando que ambos proyectos partían de idénticas premisas: y si uno desarrollaba brillantemente el tema, la propuesta del otro era pobre y contradictoria. Nunca se ha sugerido que la propuesta de Cerdá fue extemporánea y que la cultura de Castro coincide con el Saber arquitectónico de Cortés de Rivera, Daniel Molina, Garriga i Roca, Rovira i Trias, Soler i Glòria, Fontseré i Mestres... Igualmente, numerosos estudios han afrontado el análisis de los "ensanches menores" queriendo ver en ellos un impreciso quiebro en la forma de valorar y entender la ciudad; por último, es frecuente leer que el modelo haussmanniano para París (y, en menos medida, las intervenciones llevadas a cabo en España a partir de 1860) supusieron un nuevo punto de partida en la forma de proyectar y trazar la ciudad. Por lo mismo, pensar que el fenómeno de los "ensanches" de las grandes poblaciones surge sólo a partir de 1860, sin que nunca antes se hubiera planteado el derribo de las murallas o cercas, es un error más que difundido; por último, creer que los cambios en la gestión de la ciudad aparecen sólo cuando Salamanca afronta la construcción del barrio que lleva su nombre supone, igualmente, ignorar qué sucedió entre 1814 y 1860.

Entiendo que sería preciso investigar en la prensa periódica española de la primera mitad del siglo XIX la difusión que tuvo el incendio de Hamburgo de 1842 y, sobre todo, cómo las noticias de la reconstrucción de la ciudad llegaron a España. En dicha fecha, Lindley consiguió convencer a la administración sobre la necesidad de expropiar gran parte del suelo destruido por el incendio, ordenando después una cuadrícula de calles anchas en las que las edificaciones deberían estar

construidas en ladrillo, eliminando los patios interiores y exigiendo que las viviendas humildes quedaran eliminadas, así como sustituyendo las viviendas humildes por inmuebles colectivos. Consiguió, igualmente, la organización de un sistema general de gas, alcantarillado y agua corriente, entendiendo que la abundancia de ésta permitiera limpiar la ciudad. El incendio de 1842 cambió tanto la trama de la ciudad como sus dotaciones, infraestructuras y características de sus viviendas: sin embargo, interesa tener presente cómo la imagen que se ofrece no es alternativa a la cultura urbanística existente en los últimos años del siglo XVIII sino que, punto por punto, siguió las pautas esbozadas por lo que conocemos como el urbanismo ilustrado. En Hamburgo, como después en el país de Haussmann o en las propuestas de Giraud para Madrid, se planteó una política de embellecimiento; se desarrollaron criterios higienistas; se acometieron obras de infraestructura y se cuestionó la trama urbana existente, definiendo nuevos barrios.

En una sociedad caracterizada por los negocios fáciles, no solamente aparecen importantes infraestructuras en el comercio, sino que junto a la gran industria aparece otra artesanal, del mismo modo que surgieron barrios destinados a residencia tanto de las clases altas como de las clases medias o de las obreras. Roncayolo ha comentado cómo los tres temas que habían caracterizado el buen funcionamiento de la ciudad en el siglo XVIII (la mirada científica de la racionalidad geométrica, del cartesianismo y de la física newtoniana; la búsqueda de la utopía social, lo que implica la interpretación del orden del mundo y, por último, la industrialización de la ciudad) se desarrollan en la primera mitad del siglo XIX en un momento en el que, recordemos, el salto demográfico todavía no se ha producido.

La desamortización de 1836 supuso trastocar el mercado de bienes, abrirse a mercados exteriores y posibilitar un beneficio económico, que, al poco, posibilitaría la industrialización. La constitución de empresas inmobiliarias y los acuerdos que surgen entre los grandes propietarios de suelos y los pequeños llevó a que, inmediatamente después de la desamortización, Madrid repitiera las pautas urbanísticas ya planteadas en un París que, desde 1824, proyecta nuevos barrios y define (como ocurriera en el barrio de Europa o en el de Tívoli) una propuesta urbana que no significa cortar con la imagen de la ciudad existente. En 1830 fracasan estos proyectos debido tanto a la crisis económica y, en consecuencia, a las dificultades que plantea la banca para financiar, como a una especulación desmesurada que se refleja en la construcción de lujosas viviendas demasiado alejadas de los lugares habituales de donde vivía la elite, debiendo esperar algunos años hasta que, lentamente, se ordenara la orilla derecha de París.

En Madrid la situación en esos años era claramente distinta. Como ha comentado Brandis (71), en 1830 las cuatro quintas partes de la superficie de la ciudad pertenecían a un “manos muertas”, contabilizándose, incluso, setenta conventos en el interior del casco: ante la necesidad de liberar espacio en el interior de la Cerca, en 1835 se derribaban las edificaciones existentes en los terrenos del Saladero, generándose así tres manzanas, del mismo modo que del conjunto que constituían el Pozo del las Nieves resultaban otras seis. Si a esto se añade las posesiones de

Antonio Menéndez en las inmediaciones de Fuencarral y San Bernardo así como las propiedades que “La Peninsular” poseía en el lugar llamado de Apolo, se entenderá la razón por la que en 1837 se propuso la ordenación de una amplia zona, desde Chamberí hasta la fuente del Cisne y la Fuente de La Castellana.

La novedad del proyecto de Giraud del no radica, en consecuencia, ni en los trazados que propone para las alamedas, ni en la apertura de la Gran Vía de Arenal, ni tampoco en la construcción de un barrio para rentistas y clase media: de cualquiera de estos tres proyectos cabría estudiar su génesis y su genealogía, encontrando antecedentes en múltiples propuestas; el interés, insisto, se centra tanto en el momento en que la propuesta de Giraud introduce elementos de originalidad respecto al urbanismo ilustrado, proyecto que identificó con la definición del programa de equipamientos y dotaciones que establece para la villa obrera, como la lotería nacional que propone como sistema de financiación para la construcción de sus proyectos.

La lotería propuesta buscaba la financiación sólo del boulevard que debía unir el Palacio Real con la Puerta del Sol y la población que situaba en la colina de Carabanchel: buscando la financiación de 50 millones de reales, los premios ofertados eran veinte casas, 180 chales en la colina de los Carabancheles, 800 premios que se abonarían en metálico y cinco mil obligaciones de la villa de Madrid. Lo importante, sin embargo, no es conocer en detalle las características o cuantía de los premios, sino cómo presupuesta los gastos del proyecto. Cifrando en 48 millones de reales la expropiación de terrenos y casas en Madrid (en una superficie de 60 metros de ancho y una longitud de 400 metros a razón de dos mil reales por metro cuadrado) y en 111 millones de reales la construcción de doscientas casas (veinte en Madrid en el boulevard proyectado, y otras ciento ochenta en la colina de los Carabancheles), cifraba igualmente en 5 millones de reales las plantaciones, empedrado, iluminación, agua, gas, estudios y proyecto. Por último, incrementaba en otros dos millones el total, definiéndolos como gastos previstos e imprevistos. A esta inversión deducía 20 millones de reales que resultaban tanto del producto de la venta de 12.000 metros cuadrados de terreno destinados a vía pública a 1.500 reales el metro (¡menor el precio de venta que el valor abonado en la expropiación!) como de la venta de materiales de demolición que cifraba en dos millones de reales.

Ricardo Anguita ha estudiado la transformación de la ciudad decimonónica, prestando especial atención a las políticas de alineaciones y viendo cuáles fueron las trabas que surgen para su ejecución. Al igual que a menudo en París se habían argumentado problemas de salud pública como pretexto para expropiar grandes superficies (posibilitando, en consecuencia, grandes actuaciones) sorprende ver cómo las mismas normas de expropiación se aplicaban con enorme lentitud cuando se querían aplicar a las alineaciones urbanas: es evidente que, en la gestión de la ciudad liberal, los tiempos en los procesos administrativos, difería, según buscaran afrontar un problema u otro. A la vista entonces del proyecto de Giraud sorprende la audacia financiera con la que busca desarrollar su propuesta.

La contradicción aparece cuando vemos cómo se propone que la casi totalidad (180 de un total de las 200) de las villas que se habían propuesto construir en Cara-

banchel se destinaban a ser premios en la lotería: dicho de otra forma, el proyecto de barriada para clases medias en Carabanchel era sólo una argucia para que las clases populares financiaran la gran intervención del casco histórico, posibilitaran la creación de un centro de lujo y comercio y permitieran que el capital privado accediera a un suelo expropiado que debería venderse a un precio inferior al pagado en la expropiación.

Entendiendo cuanto la ciudad era lugar de tráfico de mercancías, el estudio de la propuesta presentaba en 1859 por el empresario belga Giraud a la Reina debe hacernos pensar, en consecuencia, sobre los tres temas planteados en un principio: en primer lugar, cuanto esta propuesta y esta actitud pudo coincidir con la que formulara en esos mismos momentos el ingeniero Carlos María de Castro, empleado del Marqués de Salamanca; en segundo lugar, la abismal diferencia con el planteamiento que se da entre la propuesta de Cerdá para Barcelona (proyecto de ensanche donde se niega la centralidad, se valoran por igual los distintos barrios y, en consecuencia, se dota de forma ecuánime de equipamientos a las distintas partes de la población) con la ciudad liberal definida por empresarios; en tercer lugar, entender cómo la pretendida singularidad de esta propuesta valorada por muchos como “punto de partida de un nuevo urbanismo” no fue en realidad sino un ejercicio último en el que, desde intereses inmediatos, se jugó con lo que en su momento fuera el sueño de la razón, con un Saber que posibilitó al construcción de la Ciudad Ilustrada.